

LA LECTURA STRAUSSIANA DE OCCIDENTE Y SU ANTROPOLOGÍA SUBYACENTE¹

Carlos Daniel Lasa

Universidad Nacional de Villa María – Conicet

Podemos decir que Leo Strauss es un filósofo que filosofa a través de la historia. Él se propone alcanzar el significado originario de la filosofía, entendida ésta como búsqueda de la verdadera y definitiva explicación del todo, a través de la memoria de aquello que la filosofía representa en el pasado, lo cual supone la lectura de los libros antiguos². Strauss considera que el estudio del pensamiento del pasado, conducido con inteligencia y constancia, conduce a una vigorización de los anteriores modos de pensar³. Ahora bien, ¿por qué volver a los clásicos? Nos responde el mismo Strauss: «Nos impele a hacerlo la crisis de nuestro tiempo»⁴. Podemos deducir de esto, sin barruntar por el momento la génesis y consistencia de la crisis de nuestro tiempo –a juicio de Strauss, claro está–, que Occidente puede encontrar en los clásicos la salida a esta situación de zozobra. ¿Qué es aquello que poseen los clásicos para salir de esta crisis? Strauss considera que la crisis de Occidente obedece a que «... su objetivo se volvió incierto»⁵. El objetivo que alguna vez poseyó Occidente, y en el que los hombres estaban totalmente unidos, permitía tener clara visión del futuro. Occidente era una sociedad que se comprendía a sí misma en términos de un objetivo universal. Dicho objetivo, refiere el mismo Strauss, consistió en erigir una sociedad superior en verdad y justicia⁶. Este objetivo era al que aspiraban los clásicos, es decir, los griegos. Ahora bien, ¿qué es aquello que hizo posible que los hombres occidentales estuvieran unidos detrás de un mismo objetivo? Strauss nos responderá, sin

¹ Artículo publicado en Estudios sobre Leo Strauss. Compiladora Mirtha Rodríguez de Grzona. Centro de Estudios de Filosofía Clásica. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, 2010, pp. 145-157.

² Cfr. Leo Strauss. *Scrittura e persecuzione*, Venezia, Marsilio, 1990, prima edizione, p. 153.

³ *Ibidem*, p. 153.

⁴ Leo Strauss. *La ciudad y el hombre*, Bs. As. Katz editores, 2006, p. 9.

⁵ *Ibidem*, p. 12.

⁶ Cfr. *ibidem*, p. 13.

dudar un instante, que ha sido la filosofía que cultivaron los griegos la que hizo posible este destino universal de la civilización occidental. Podemos inferir, en consecuencia, que toda declinación de la actividad propiamente filosófica tendrá como correlato un extravío de Occidente respecto un destino universal. De allí, entonces, que tanto la Edad Media como la Edad Moderna hayan significado una pérdida del sentido de la civilización occidental porque ambas edades desdibujaron la actividad filosófica: la primera, convirtiendo a la filosofía en sierva de la teología; la segunda, haciendo de la filosofía, por un lado, una sierva de la ciencia y, por el otro, decretando la muerte de la misma teología.

Ante la grave situación por la que atraviesa Occidente, Strauss toma una posición netamente militante en orden a recuperar su esencia. Expresa enfáticamente: «La tradición occidental está hoy más amenazada que nunca. Porque hoy las amenazas no sólo vienen de afuera: también vienen de adentro. Esa tradición se encuentra en un estado de desintegración. Aquellos de nosotros, occidentales, que creemos en la tradición occidental... debemos, por consiguiente, congregarnos alrededor de la bandera de nuestra tradición. Pero debemos hacerlo de una forma que, aunque no sea digna de esa noble tradición, al menos la evoque: debemos sostener los principios occidentales de una manera occidental... Tenemos que ser conscientes del hecho de que la vitalidad y la gloria de nuestra tradición occidental son inseparables de su carácter problemático, puesto que esa tradición tiene dos raíces, consiste en dos elementos heterogéneos, dos elementos que, en última instancia, son incompatibles entre sí: el elemento hebreo y el elemento griego».⁷

A juicio de Strauss, la civilización occidental está constituida por la tensión entre Jerusalén y Atenas, entre la fe y la filosofía. Las dos proponen que para el hombre es necesaria sólo una cosa; sin embargo, la única *cosa necesaria* para el hombre que reclama la filosofía griega es contraria a la que la Biblia propone. Según la Biblia, sólo basta el *amor obediente*; según la filosofía, aquello que no puede estar ausente es la *indagación libre*. Para Strauss, entonces, toda la historia de Occidente puede ser interpretada como *el intento siempre reiterado de lograr un compromiso o una síntesis entre estos dos principios antagónicos*. Sin embargo, todos los intentos han fracasado, y siempre fracasarán, dado que resulta imposible armonizar dos esencias totalmente incompatibles. En efecto, nos dirá

⁷ Leo Strauss, *Tucídides: el significado de la historia política*. En *El renacimiento del racionalismo político clásico*. Selección de ensayos y conferencias e introducción de Thomas L. Pangle. Buenos Aires – Madrid, Amorrortu editores, 2007, p. 141.

Strauss, en toda síntesis, uno de sus elementos se sacrifica en aras del otro. Esto ha sucedido en el medioevo, momento en el cual la filosofía se convirtió, en contra de su mismísima esencia, en sirvienta de la teología; puede ocurrir también que la teología se convierta, en contra de su propia esencia, en sierva de la filosofía. La tradición occidental, entonces, no vive de la síntesis de estos dos elementos sino de su *tensión*, y esta tensión es el alma misma de Occidente. La vida de Occidente, pues, no es sino contradicción. Por eso, nos señalará nuestro filósofo, mientras exista el mundo occidental habrá siempre teólogos que desconfíen de la filosofía, y también se contarán los filósofos molestos con los teólogos.

Para Strauss, como podemos advertir, Occidente obtiene su vitalidad de la *tensión* y no de la armonía entre el saber de la *razón* y el saber de la *fe*. Pero estas formas de saber pertenecen al hombre; en consecuencia, la raíz de la constitución de Occidente se halla en el mismísimo hombre en el cual anida esta tensión entre el *creer* y el *pensar*. Debiéramos suponer que, a juicio de Strauss, existen hombres en los cuales la tendencia hacia el conocimiento, hacia la filosofía, resulta dominante. Estos hombres se caracterizarían por una vida dedicada al *pensar* del cual resultará un conocimiento fundado. En cambio, en otros, la tendencia a *creer* reemplazaría al pensar y, en consecuencia, sus vidas descansarían no en un conocimiento fundado sino en un conocimiento que han aceptado en tanto que está fundado en la autoridad de Dios. No nos detendremos a hacer una consideración acerca de la concepción diversa que tienen de la revelación, por un lado, el judaísmo y el islamismo y, por otro, el cristianismo; nos importa sólo destacar que, para Strauss, la vida filosófica y la vida de la fe son irreconciliables. Expresa Strauss: «Para decirlo en forma muy simple y por lo tanto algo cruda: lo único necesario, de acuerdo con la filosofía griega, es la vida del entendimiento autónomo; lo único necesario, en palabras de la Biblia, es la vida del amor obediente»⁸.

Ahora bien, estas dos modalidades de hombre son correlativas a dos modos de educación; la liberal y la religiosa. La educación liberal, en cuanto cultivo de la mente humana⁹, es ejercida a través de los grandes libros de la tradición occidental, ordenada al buen orden del alma y de la ciudad. La educación religiosa, se lleva a cabo a través del

⁸ Leo Strauss. ¿Progreso o retorno? En *El renacimiento del racionalismo político clásico*. *Op. cit.*, p. 339.

⁹ Cfr. Leo Strauss. *Liberalismo antiguo y moderno*, *op. cit.*, p. 14.

Libro por excelencia que es la Biblia. La educación liberal, en tanto cultura de la mente humana, es una preparación para la filosofía aunque no todos los que hayan recibido esta educación lleguen a la vida propiamente filosófica. Expresa Strauss: «A la luz de la filosofía, la educación liberal adquiere un nuevo significado: la educación liberal, en especial la educación en las artes liberales, aparece como una preparación para la filosofía. Esto significa que la filosofía trasciende la nobleza. El señor en tanto señor acepta bajo palabra ciertas cosas importantes que para el filósofo son temas de investigación y de interrogación. De ahí que la virtud del señor no sea exactamente igual a la virtud del filósofo»¹⁰. Podemos decir, entonces, que el que ha recibido una educación liberal y no ha llegado a ser filósofo, se mueve en un terreno, cual es el de la política, en el que es preciso no manejarse con razones sino con tradiciones; en su educación ha ejercitado el pensar aunque sabe que para gobernar dicho ejercicio debe ser puesto entre paréntesis ante cuestiones que no pueden someterse a examen por cuanto son fundantes de la ciudad y proceden de la tradición. El hombre educado liberalmente no sería filósofo *in strictu sensu* dado que no llevaría una vida guiada por la búsqueda; aunque tampoco sería un hombre religioso por cuanto, al igual que el filósofo, sólo adhiere a evidencias racionales. El producto de esta educación es el de un hombre que pertenece propiamente a Atenas y que, si bien respeta lo enseñado por Jerusalén en virtud de la estabilidad exigida por la ciudad, no adhiere a ello. La educación liberal es una educación a través de los libros porque, por medio de ellos, el hombre se pone en contacto con los grandes maestros que suscitan el pensar; en cambio, la educación religiosa, ejercida a través de la Biblia, exige del creyente la obediencia, y ello implica, a juicio de Strauss, la suspensión del pensar.

Respecto de la existencia de dos modos de ser hombre, refiere Strauss: «Vuelvo a Lessing. ¿Cómo llegó éste a advertir y comprender la información acerca del hecho de que “todos los filósofos antiguos” habían distinguido entre su enseñanza exotérica y su enseñanza esotérica? Si no me equivoco, *redescubrió el valor de esa distinción gracias a su propio esfuerzo, luego de haber experimentado su conversión, esto es, luego de haber tenido la experiencia de lo que es la filosofía y de los sacrificios que exige. Porque esa experiencia es la que conduce en forma directa a la distinción entre los dos grupos de*

¹⁰ *Ibidem*, p. 29.

hombres, los filosóficos y los no filosóficos, y de ahí, a las dos maneras de presentar la verdad»¹¹.

Ahora bien, con el advenimiento de la modernidad, sostiene Strauss, tanto la *religión* como la *filosofía* han declinado, y tanto la una como la otra han dejado de ser rectoras de la vida de los hombres. En consecuencia, refiere Strauss, la tensión fructífera entre educación liberal y educación religiosa ha sido reemplazada por el *ethos* de la democracia y el *ethos* de la tecnociencia. Sucedánea de la concepción moderna de la realidad es un nuevo tipo de educación o una *nueva orientación de la educación*. La misma se funda en la filosofía moderna y, en consecuencia, su fin no es el de conducir al hombre a la virtud sino brindar alivio a la condición humana¹².

En la modernidad, la filosofía o la ciencia se ponen al servicio del poder humano con el fin de prolongar, de hacer más sana y más abundante la vida humana. Acaso, ¿cómo se rige hoy la vida del hombre? Ciertamente, por la ciencia. La ciencia preside, orienta y tutela la vida del hombre moderno. Refiere Strauss: «... la ciencia es la única autoridad en nuestra era de la que se puede decir que goza de un reconocimiento universal. Esta ciencia ya no posee un vínculo fundamental con la sabiduría»¹³. De allí que haya hecho su epifanía una tercera forma de educación, que podríamos denominar *tecnocientífica*, y que tiene como fin el *dominio* del mundo. Esta educación es propia del iluminismo. Pero el gran problema es que no puede existir un *conocimiento científico de los valores* por cuanto la razón es impotente para distinguir entre fines buenos y fines malos. ¿Y entonces? Los resultados están a la vista: la educación ha dejado de educar en la verdad y en la virtud, y ahora son los clientes los que determinan los fines, es decir, lo que está bien y lo que está mal. Expresa nuestro filósofo: «Según nuestra ciencia social, nosotros podemos ser o convertirnos en sabios en todos los argumentos de importancia secundaria, pero debemos resignarnos a la total ignorancia respecto de la cosa más importante: nada nos es dado saber respecto a los principios últimos de nuestras elecciones, es decir, respecto a su validez o falta de validez; nuestros principios últimos no tienen otro fundamento que nuestras arbitrarias y, por eso, ciegas preferencias... Si nuestros principios no tienen otro

¹¹ Leo Strauss. *Enseñanza exotérica*. En *El renacimiento del racionalismo político clásico*. *Op. cit.*, p. 136. Todo lo destacado es nuestro.

¹² Cfr. Leo Strauss. *Liberalismo antiguo y moderno*. *Op. cit.*, p. 38.

¹³ *Ibidem*, p. 42.

fundamento más que nuestras ciegas preferencias, será lícito todo lo que el hombre se atreva a hacer»¹⁴. Esta situación, a juicio de Strauss, genera una gran dificultad para la democracia: si los técnicos, carentes del conocimiento de toda finalidad, se ocupan de escuchar a las masas, la pregunta es: ¿quién guiará a las masas? De allí, a juicio de Strauss, la necesidad imperiosa de *recuperar la educación liberal*. Y refiere: «La educación liberal es el antídoto para la cultura de masas, para los efectos corrosivos de la cultura de masas, para su tendencia inherente a producir sólo “especialistas sin espíritu o visión, o sensualistas sin corazón”. La educación liberal es la escalera por la que intentamos ascender de la democracia de masas a la democracia en el sentido originario. La educación liberal es el esfuerzo necesario para fundar una aristocracia dentro de la sociedad de masas democrática. La educación liberal recuerda acerca de la grandeza humana a aquellos miembros de una democracia que tienen oídos para oír»¹⁵.

Pues bien, si el hombre ha sido capaz de inaugurar una civilización que ha levantado su carpa lejos tanto de Atenas como de Jerusalén, significa entonces que podemos estar hablando de una *tercera clase* de hombre en cual ni la religión ni la filosofía constituyen ya una preocupación ya que sólo interesa el *dominio* de este mundo. Si hemos procedido de modo correcto en el razonamiento a partir de los mismos textos straussianos, observamos que para el filósofo que nos ocupa hay *tres niveles antropológicos* los cuales están constituidos, de mayor a menor, por: el *hombre filosófico* dentro del cual, en una escala menor, se sitúa el gentilhombre; el *hombre religioso*, y el *hombre del dominio técnico-científico*. Estos tres niveles antropológicos pueden ser pensados de dos maneras: ontológica o moralmente. En el primer caso, estaríamos ante la presencia de un Strauss que podríamos llamar *gnóstico* para el cual existen tres tipos de hombres claramente diferenciados que encontrarían equivalente en los tres hombres de los gnósticos: el hombre espiritual, el hombre psíquico y el hombre material o terrenal. Recordemos lo que decía, refiriéndose a los gnósticos, Ireneo de Lyon en su *Adversus haereses*: «Enseñan, pues, que son tres los tipos de seres humanos: los pneumáticos, los psíquicos y los terrenos, como fueron Caín, Abel y Set, de modo que éstos representan las tres naturalezas, no de hombres concretos, sino de toda la raza humana. El terreno va directo a la corrupción. El psíquico, si

¹⁴ Leo Strauss. *Diritto naturale e storia*, Genova, il melangolo, 1990, pp. 8–9.

¹⁵ Leo Strauss. *Liberalismo antiguo y moderno*. *Op. cit.*, p. 15.

elige las cosas mejores, descansará en el Lugar Intermedio; pero si elige las más bajas, también acabará como aquellas cosas de las que se ha hecho semejante. Achamot, en cambio, desde el principio hasta hoy siembra a los hombres pneumáticos en las almas justas, para educarlos y desarrollarlos aquí en la tierra: a fin de entregarlos después, una vez hechos perfectos, como esposas a los Ángeles que forman la guardia del Salvador...»¹⁶. En la Introducción general a los textos gnósticos de Nag Hammadi, Antonio Piñero y José Montserrat, señalan que, para los gnósticos, entre aquellos hombres que se van creando por generación carnal se producen tres clases. Los hombres puramente materiales, los híllicos, los cuales no reciben ninguna insuflación del Demiurgo y, por lo tanto, ninguna parte de la chispa divina denominada *pneuma*; los hombres psíquicos que sólo reciben del Demiurgo el hálito de su propia sustancia que es la psíquica o anímica; y finalmente, aquellos hombres que reciben tanto la insuflación psíquica como la espiritual. Comentan estos autores: «Esta antropología gnóstica tenía una importante proyección social, pues era un reflejo de la situación de la época. En las ciudades del Imperio convivían paganos, judíos y cristianos. Los paganos eran los materiales, “híllicos”, destinados, como indicaremos luego con más exactitud, a la aniquilación. Los judíos y los cristianos corrientes eran los “psíquicos”...: vivían la fe y estaban sometidos a reglas morales; podrían salvarse en un estadio intermedio. En el seno de la comunidad cristiana, los gnósticos, “espirituales”... se contraponían a los “eclesiásticos”, los cristianos corrientes, incluidos los obispos y presbíteros»¹⁷.

En el segundo caso, desde un punto de vista moral, los tres niveles del hombre serían propios de *cada individuo* perteneciente a la especie humana, y el desarrollo de cada nivel y su prevalencia sobre los demás dependería, exclusivamente, de las aptitudes y de la libertad de cada uno: no sería algo dado sino una realidad *conquistada* por medio de la libertad. Esta segunda interpretación, para nosotros la más plausible, nos permitiría advertir cómo la civilización occidental ha llegado a ser la más encumbrada de todo el género humano por cuanto dos de los elementos más elevados que residen en el hombre, cuales son la razón y la fe, han logrado imponerse sobre aquel otro elemento que hace del hombre un

¹⁶ San Ireneo de Lyon. *Contra los herejes. Exposición y refutación de la falsa gnosis*. Traducción, estudio introductivo, notas e índices por Carlos Ignacio González. México, Conferencia del Episcopado Mexicano, 1999, lib. I, 7, 5.

¹⁷ Antonio Piñero y José Montserrat. «Introducción General». En *Textos gnósticos. Biblioteca de Nag Hammadi I: Tratados filosóficos y cosmológicos*. Madrid, Editorial Trotta, 1997, pp. 73–74.

ser carente de toda visión universal, sólo preocupado por satisfacer aquellas necesidades más inmediatas. En consecuencia, Occidente ha sido y sólo será la expresión de la tensión de las dos esferas más sublimes del hombre: la razón y la fe. La decadencia de Occidente se produce a partir del reemplazo de dicha tensión por la hegemonía del nivel más ínfimo de lo humano; la preeminencia de un hombre que, preocupado y ocupado sólo de satisfacer sus necesidades más urgentes, se ha visto conducido a la pérdida de toda universalidad.

Occidente es, entonces, la civilización histórica que, de hecho, ha sido la más elevada que ha conquistado el hombre, aunque de derecho, de acuerdo a nuestra interpretación del pensamiento straussiano, la civilización más elevada sería aquella en la que la filosofía fuese la *forma mentis* de todos los hombres que la integren. Claro está que esta posibilidad es totalmente descartada por Strauss y ello en virtud de una mera observación de la naturaleza humana a la vez que de una consideración histórica que convalida los resultados que se siguen de la observación de esa misma naturaleza. Strauss está absolutamente convencido que la vida de cada ciudad no se nutre del conocimiento sino de la tradición. De allí que nuestro autor distinga cuidadosamente entre el *fin de la ciudad* y el *fin de la filosofía*. La ciudad se funda en tradiciones y no puede estar sometida permanentemente a la lógica de la filosofía, o sea, al cuestionamiento. La norma de oro de los asuntos políticos es la de no agitar las aguas, o la de preferir lo establecido a lo no establecido, o la de reconocer el derecho del primer ocupante. De allí que los maestros de la ciudad no sean los filósofos sino los sacerdotes¹⁸. El fin de la ciudad no es la búsqueda de la verdad sino la felicidad. Es por ello que su núcleo está constituido por la práctica de la virtud y, principalmente, la virtud moral¹⁹. Ahora bien, una nación se otorga a sí misma la definición de lo que considera verdad a partir de la religión²⁰.

Ya hemos anticipado nuestra posición en el sentido de no interpretar la posición straussiana respecto del hombre considerado en clave gnóstica. Nuestra apreciación se funda sobre la posición que nuestro autor adopta frente al mundo. Strauss critica abiertamente la concepción moderna que sostiene no sólo que la naturaleza esclaviza al hombre sino que es menester que este último se libere de la misma mediante su propio y sostenido esfuerzo. La naturaleza se le presenta al hombre moderno como una enemiga a la

¹⁸ Cfr. Leo Strauss, *Liberalismo antiguo y moderno*, op. cit., p. 30.

¹⁹ Cfr. Leo Strauss, *La ciudad y el hombre*, op. cit., p. 52.

²⁰ Cfr. *ibidem*, p. 55.

que hay que tratar de dominar. Y el conocimiento tecnocientífico es el medio apto para lograr este objetivo. De allí que se haya perdido la noción de teoría, y ello como consecuencia, precisamente, de la negación de la armonía existente entre la mente humana y el todo. Expresa Strauss: «El hombre como conquistador potencial de la naturaleza se ubica por fuera de la naturaleza. Esto presupone la inexistencia de una armonía natural entre la mente humana y el todo. La creencia en una armonía de este tipo hoy parece un supuesto ilusorio y afable»²¹. En este punto, es menester tener en cuenta que, para los gnósticos, este mundo del Dios Demiurgo es fruto de la penuria²². En realidad, este mundo no es creación de Dios sino de un principio menos elevado, cuya inferioridad es perversión de lo divino y cuyas características principales son la dominación y el poder. El yo interior del hombre no es parte de este mundo, que es creación y dominio del demiurgo, sino que está en relación con el Dios desconocido que está fuera de este mundo²³.

Consideramos que la posición de Strauss es afín a la filosofía griega y no al gnosticismo. Plotino, por ejemplo, sostenía la unidad del universo sin una separación esencial entre el reino humano y no humano. El hombre, en su esencia, era afín a todo el cosmos. El gnosticismo, por el contrario, le quita al hombre, en virtud de su pertenencia a otro reino, a otro mundo, toda semejanza con el mundo y, en consecuencia, establece una relación de confrontación entre el mundo y el hombre²⁴. Strauss, que se presenta como un pensador que se encuentra en las antípodas de la modernidad, vincula a esta última con el pensamiento gnóstico. En el comentario de Strauss sobre el mundo moderno que a continuación citamos, nos parece ver una clara intención de establecer un paralelo entre el pensamiento moderno y la concepción gnóstica. Expresa Strauss refiriéndose a los que él denomina *modernos*: «Debemos tomar en cuenta la posibilidad de que el mundo sea la obra de un demonio maligno decidido a engañarnos acerca de sí, el mundo y nosotros mismos mediante las facultades que nos proporcionó o, lo que es equivalente, a hacer creer que el mundo es obra de una necesidad ciega por completo indiferente a si éste y sus productos alguna vez llegan a ser conocidos. Desde luego, no tenemos derecho a confiar en nuestras facultades naturales; se requiere de un escepticismo extremo. Sólo puedo confiar en aquello

²¹ *Ibidem*, p. 69.

²² San Ireneo de Lyon. *Contra los herejes. Exposición y refutación de la falsa gnosis. Op. cit.*, lib. II, 1, 1.

²³ Cfr. Jans Jonas. *Lo gnosticismo*. Torino, Società Editrice Internazionale, 1991, p. 269.

²⁴ Cfr. *ibidem*, p. 280.

que está enteramente bajo mi control: los conceptos que creo de manera consciente, y de los que sólo afirmo que se trata de construcciones, y los datos sin agregados tal como se me imponen, y de los que sólo afirmo que tengo conocimiento sin haberlos creado»²⁵. Y añade: «La ruptura con la comprensión primordial o natural del todo que presupone el nuevo dogmatismo basado en el escepticismo extremo conduce a la transformación y, finalmente, al abandono de las preguntas que sobre la base de la comprensión primaria se revelan como las más importantes; el lugar de los asuntos principales es ocupado por asuntos derivados»²⁶.

¿Acaso no podríamos pensar que, para Strauss, la modernidad se caracteriza por una suerte de *neo-gnosis*, refractaria tanto a la fe como a la filosofía? ¿No podría pensarse, entonces, que el gran enemigo de la *tensión* que constituye a Occidente es la *gnosis* renacida en la modernidad? Nos parece plausible la respuesta afirmativa a estas cuestiones. La modernidad, al igual que la *gnosis*, al convertir a la naturaleza en una enemiga a abatir, pierde totalmente aquella actitud contemplativa propia de un hombre que tenía por objeto la visión del orden eterno de las cosas, pierde al filósofo, o sea, al único hombre que está en condiciones de alcanzar una vida perfecta, cual es la vida teórica²⁷; asimismo, la presencia de la *gnosis* mata al hombre de fe. A espaldas del filósofo y del creyente, esta suerte de *neo-gnosis* moderna entroniza la existencia de un *homo faber* que pierde de vista los interrogantes fundamentales de la existencia humana. Cuando expresamos que la *neo-gnosis* moderna sería una suerte de *gnosis* queremos significar que la modernidad no asume el pensamiento gnóstico clásico en su totalidad. Ciertamente, en la *gnosis*, el hombre espiritual gozaba de una visión en cuanto chispa de la divinidad.

Frente a este desafío que implica la existencia de un hombre no contemplativo, que vive a espaldas tanto de una práctica filosófica como de una práctica religiosa y, por lo tanto, al margen de la tradición occidental, Strauss concibe a su vida como una *misión*. Tal como lo señaláramos en otro trabajo, Strauss «tiene una misión que cumplir: salvar la existencia y la práctica de la filosofía. Para ello, debe poner en acto el filosofar, a la vez que dirigirse a la plaza pública a descubrir filósofos potenciales. Esta tarea, para poder llevarse

²⁵ Leo Strauss. *La ciudad y el hombre*, op. cit., p. 69.

²⁶ *Ibidem*, pp. 69–70.

²⁷ Cfr. Leo Strauss. *Filosofía e Legge. Contributi per la comprensione di Maimonide e dei suoi predecessori*. Firenze, La Giuntina, 2003, p. 232.

a cabo sin grandes sobresaltos, necesitará de una política filosófica por parte del defensor de la filosofía. La misma consistirá en convencer a los ciudadanos de que los filósofos no conspiran contra la ciudad, que no profanan todo aquello que la ciudad considera sagrado, que respetan las tradiciones de la ciudad y que, ante todo, son buenos ciudadanos. Este modo de proceder permitirá salvar la filosofía que constituye el modo más elevado de la vida humana y aquél que permite que el hombre sea plenamente libre»²⁸. Ahora bien, es menester decirlo: la existencia de la filosofía no basta para configurar a Occidente: es también necesaria la fe. Y confesamos finalmente que, si nos hubiera estado permitido, no hubiésemos resistido la tentación de hacerle una pregunta a Strauss: ¿quiénes habrán de luchar, entonces, por mantener la fe en Occidente?

²⁸ Carlos Daniel Lasa, «La filosofía de Leo Strauss: una experiencia esotérica. Intención y misión». En *Filosofía oggi*, anno XXXI, n° 124, F. IV, ottobre–dicembre 2008, p. 448.